

Habla

PERON

en el

CONGRESO MUNDIAL
DE LA JUVENTUD
UNIVERSITARIA

BUENOS AIRES

1 9 5 2

H a b l a

P E R O N

EN EL

*CONGRESO MUNDIAL
DE LA JUVENTUD
UNIVERSITARIA*

Señores delegados:

DESEO en esta oportunidad, como prólogo a cuanto voy a decir a continuación, agradecer en nombre de la señora Eva Perón la amable invitación que le ha hecho llegar el Congreso para asistir a esta asamblea, pidiendo disculpas porque su estado no le ha permitido tener el inmenso placer de acompañarlos. Sin embargo, ella tendrá una gran satisfacción en recibir mañana a los señores delegados en su residencia.

En primer término quiero agradecer a las autoridades de este Congreso extraordinario de la juventud mundial universitaria la cordial invitación que me formularan para asistir a este acto con el que clausurarán sus deliberaciones.

Sean mis primeras palabras las de mi saludo afectuoso a los jóvenes universitarios que, salvando distancias e inconvenientes de toda naturaleza, han llegado hasta nuestra tierra con el único propósito de expresar sus ideas y sus inquietudes en defensa de la juventud que representan y con los ojos puestos en el porvenir del mundo, tratando de avizorar en los horizontes oscuros del presente los caminos por donde emprender la reconstrucción del hombre y la liberación definitiva de los pueblos.

Acostumbrado a ver un poco más allá de las circunstancias, buscando siempre el sentido trascendente de los hechos que pasan ante mis ojos, yo no veo solamente en este Congreso que ustedes acaban de realizar el simple episodio de sus deliberaciones ni sus solos resultados concretos.

Más allá de todas estas circunstancias, ya por sí mismas extraordinarias, yo veo en este Congreso una expresión inusitada de apasionado idealismo en una juventud que prueba así la resurrección del hombre sobre las ruinas de su propia destrucción y nos confirma en el optimismo y en la fe con que nosotros estamos luchando en nuestra tierra, realizando una doctrina para un mundo mejor.

Por eso he aceptado complacido el compartir con ustedes esta tarde.

Acostumbrado a la lucha por los altos ideales que han quemado los años de mi vida en una llama permanente de rebeldía y de revolución contra la injusticia, la indignidad, la explotación y la opresión de mi Patria y de mi pueblo, yo comprendo el lenguaje y las decisiones que ustedes han tomado en el curso de estos días.

Acaso los hombres prudentes dirán mañana que este Congreso, por su contenido de rebeldía frente a la desolación de un mundo dividido por la injusticia y la opresión de los imperialismos, no debía escuchar mi palabra de Presidente de la República.

EL ENGAÑO PUEDE CONducIRNOS AL DESASTRE

Yo desdeño, una vez más, el consejo de esos prudentes... persuadido como estoy de que en este mundo nuestro, desgraciado y por momentos trágico, la prudencia aconseja romper con los prejuicios del pasado y hablar la verdad con todas sus palabras y con todas sus letras; porque en estos instantes decisivos de la historia, el engaño puede conducirnos al desastre, pero la verdad todavía nos abre un camino y acaso por allí lleguemos a la justicia y a la libertad que venimos buscando desde el principio de la historia de los hombres y de los pueblos.

Por otra parte, yo he jugado ya mi carta en el concierto del mundo contemporáneo...

Hace mucho tiempo decidí mi propio destino abrazando la causa de la justicia y de la libertad de mi Patria y de mi Pueblo.

Cuando un hombre con dignidad y con honor toma una decisión así, debe saber que no podrá volverse nunca para atrás y que desde ese momento está definitivamente encadenado a su ideal y que deberá morir con su bandera entre las manos si no quiere merecer el desprecio de los hom-

bres y, lo que es más grave, su propio y más íntimo desprecio.

Señores: cuando en 1943 inicié mi lucha en la Secretaría de Trabajo y Previsión ya tenía adoptada a ese respecto mi decisión. Poco a poco ella ha ido conformando una doctrina.

Por aquellos tiempos, el panorama del mundo se presentaba ya con los caracteres que tiene en la actualidad, aunque menos definido entonces.

La gran tragedia del hombre y de los pueblos puede definirse con la enorme diferencia abierta desde el principio de la historia entre los deseos de libertad y de justicia y los resultados de injusticia y de esclavitud a que lo sometieron sus conductores después de cada una de las grandes y sangrientas contiendas libradas en el curso de los siglos.

Nuestro propio siglo es un ejemplo.

En 1914 hombres y pueblos fueron lanzados a la primera guerra mundial. Se les dijo que luchaban por la justicia y por la libertad.

Al término de aquella gran masacre de hombres y de pueblos, la humanidad advirtió que otra vez había entregado su mejor juventud en aras de un interés, creyendo ingenuamente que peleaba por la victoria de sus viejos ideales y que el duro resultado de tantos afanes y sacrificios era un mundo menos justo y menos libre.

Pasaron los años. En 1939 los hombres y los pueblos volvieron a la guerra. También esta vez se trataba de luchar por la justicia y por la libertad.

Eso fué lo que nos dijeron, en todos los tonos y por todos los medios los de un bando y los del otro bando.

En ese afán desmedido de llevar hombres a la guerra, la propaganda del capitalismo llegó a decir que el comunismo era una brillante democracia y el mundo comunista, aunque con más reservas, elogiaba a las democracias del capitalismo.

Todo eso en homenaje a la justicia y a la libertad.

Terminada la guerra, con su enorme destrucción, de valores —y de valores humanos, que es lo más grave—, vean ustedes el mundo que nos regala: por un lado, detrás de la cortina de hierro, pueblos y naciones sometidos a la "justicia" y a la "libertad" del colectivismo aplastante que insectifica al hombre; y, por el otro lado, detrás de la cortina del dólar, pueblos y naciones sometidos a la "justicia" y a "la libertad" del capitalismo, decidido a dominar sobre el mundo con el poderío de su dinero y de sus ejércitos.

LA TERCERA CATASTROFE DEL SIGLO

Ahora se enfrentan los dos y mientras se preparan para la tercera catástrofe del siglo, nosotros, los hombres y los pueblos nos preguntamos, viendo que por tercera vez nos llaman a pelcar por la justicia y por la libertad, si no será mejor que de una vez por todas decidamos nosotros alcanzar por nuestros propios medios la libertad y la justicia, que por lo visto no se regalan... ¡Se conquistan, se defienden y muchas veces a costa de la vida!

Eso es todo lo que nosotros decidimos hacer.

Por eso adoptamos en el mundo nuestra tercera posición.

Hay quienes afirman que esa tercera posición es una cómoda posición de neutralidad, algo así como una de aquellas viejas componendas políticas a que nos tenían acostumbrados en la historia de los años pasados, con sus equívocas y sutiles posiciones de equilibrio.

Si hubiésemos querido solamente aparecer como neutrales no tendríamos hoy una doctrina que nos ha ganado el odio y el encono de los imperialismos.

El Justicialismo que nosotros hemos realizado, en nuestro afán de hacer la felicidad de los argentinos, es una posición demasiado definida para ser neutral.

Y no somos neutrales. No nos cruzamos de brazos frente a la tragedia del hombre y de los pueblos. No nos encerramos en el egoísmo aislacionista, que sería inhumano e indigno de nuestro pueblo.

NO SOMOS UN PAIS IMPERIALISTA

Nosotros afrontamos la tragedia humana buscando afanosamente la solución honrada y sincera que la humanidad espera con la desesperación de una agonía que ya se prolonga demasiado.

No somos un pueblo fuerte. Somos una pequeña nación del mundo cuya única fuerza reside en el espíritu de un pueblo magnífico, capaz de jugarse la vida, como en los años de la Independencia Americana, por la libertad ajena, sin exigir en cambio nada más que un lugar de dignidad en el concierto de los pueblos libres.

No somos un país imperialista, pero tampoco queremos entrar en la lista de los satélites.

Deseamos la salvación de la civilización cristiana de occidente, pero sabemos que el capitalismo ni es cristiano ni es civilización; y si el mundo occidental quiere salvarse enfrentando con éxito el avance de la doctrina comunista, no podrá hacerlo si no destruye previamente las cerradas y aplastantes estructuras del capitalismo, sustituyéndolo con una nueva doctrina, digna de nuestra cultura, fundamentalmente humana.

Esta es la tercera posición de la doctrina peronista que nosotros hemos realizado en nuestra Patria.

No pretendemos utilizarla como bandera imperialista. Nuestro imperialismo, si puede llamárselo así, no se proyecta sobre el mundo como una red económica o militar, ni tiene quinta-columnas infiltradas en las naciones, ni siquiera pretende obtener el apoyo político de los gobiernos... Es, en

cambio, un alto ideal realizado entre nosotros... y que precisamente por haber conseguido la felicidad de un pueblo en medio de un mundo destrozado, trasciende por sobre nuestras fronteras y llega a los pueblos desesperados de la humanidad como el destello de una luz quebrando la noche de su desolación.

Por eso los pueblos van conociendo, a pesar de la propaganda imperialista, y aun a pesar de sus propios gobiernos, las verdades y los principios del Justicialismo...

Nosotros no podemos oponernos a ello, aunque nos combatan con el encono desatado de la mentira y de la calumnia.

LA BANDERA DEL JUSTICIALISMO

Frente al individualismo egocentrista de los unos, que someten al hombre a la explotación egoísta y destructora del dinero, y el colectivismo de los otros, que lo sumergen y esquilman en la explotación igualmente fría y aniquiladora del Estado, nosotros levantamos la bandera del Justicialismo, en cuyo sistema, edificado sobre la vertical del hombre, el dinero y el Estado no tienen otra función que servir al bien común, en cuyo armónico equilibrio ha de integrarse el hombre para cumplir las trascendentes finalidades del individuo y de la sociedad.

Es decir, que apoyándonos en su misma naturaleza, eminentemente social, le hemos propuesto al hombre fines también sociales como complemento de su finalidad individual.

Se ve bien claro que los argentinos no sólo no hemos rehuído la enorme responsabilidad que sobre los destinos futuros del mundo les cabe a todos y cada uno de los pueblos de la tierra, sino que por el contrario hemos expuesto con claridad y valentía nuestra honesta colaboración, señalando el único camino que a nuestro juicio puede apartar a los hombres y a los pueblos de dos abismos igualmente destructores y terribles.

Nos hemos cuidado, sin embargo, muy bien de no proponer una utopía. El mundo quiere y necesita soluciones concretas para problemas concretos.

LA LUCHA DE LOS IMPERIALISMOS

La solución que nosotros le ofrecemos la hemos primero realizado en nuestra tierra y la hemos desentrañado de las esencias y de las aspiraciones de nuestro propio pueblo, decidiéndonos simple y sencillamente a hacer su voluntad.

Porque nosotros creemos que es precisamente allí, en la voluntad de todos los pueblos, en donde vive latente el germen de la solución.

Por eso la lucha de los imperialismos no constituye ni puede constituir la causa de los pueblos, sino que es por el contrario el pretexto con que los someten a la voluntad y a la explotación de sus camarillas de privilegiados.

Si los organismos que sirven a los intereses de cualquiera de los dos imperialismos en lucha se decidieran a consultar la voluntad de sus pueblos y luego pusieran en realizarla todos los medios y la fuerza que emplean para someterlos, la humanidad no hubiera llegado a la terrible encrucijada en que hoy se encuentra.

Ellos no se dan cuenta, por otra parte, que terminarán siendo arrasados por los pueblos, que no sólo van adquiriendo cada día una conciencia más poderosa y más segura de su propio valer, sino que están cansados de guerrear por causas que ni sienten como propias ni ven que les procuren una vida por lo menos un poco mejor.

¡Cómo quieren entonces convencerlos y arrastrarlos nuevamente con el argumento de la justicia y de la libertad, si en la historia de sus luchas y en la esencia de sus sistemas no han hecho otra cosa que someterlos y explotarlos, cada día con mayor brutalidad!

LA DOCTRINA PERONISTA

¿Cómo quieren al mismo tiempo que los pueblos no vayan pensando en el justicialismo, a medida que van conociendo mejor sus fundamentos y observando en nuestra realidad sus resultados, y que no busquen también en él la solución, cualquiera sea el nombre con que cada pueblo se proponga llamarlo?

¿Qué de extraño tiene entonces que en distintos momentos y en distintas naciones se levanten voces que repitan los mismos conceptos y propongan las mismas soluciones que nosotros venimos repitiendo y proponiendo incansablemente desde hace mucho tiempo!

¿Tenemos acaso nosotros la culpa de que la doctrina peronista, por levantarse sobre la roca firme de los valores humanos y consultar las esencias de los pueblos, sea enarbolada, como bandera en cualquier parte y en cualquier pueblo de la tierra en donde se luche ciertamente por la justicia y por la libertad?

¿De todas maneras preferimos siempre cargar sobre nuestros hombros la culpa de la libertad, antes que echarnos sobre nuestras conciencias la infamia de la esclavitud!

¿Cómo van a convencer al mundo los imperialismos cuando dicen que luchan por la paz, si no sólo deletrean esta palabra con estruendo de cañones, sino que a la paz no puede irse más que por el camino de la justicia y de la dignificación del hombre, y ellos constituyen precisamente su misma negación!

EL JUSTICIALISMO NO ES UNA DOCTRINA DE REACCION

A la paz no puede irse sino por la pacificación interna de los pueblos y a esta paz interna sólo se llega por el camino de la justicia social, que ellos no sólo no practican, sino que ni siquiera permiten que la practiquen los demás.

A la paz no puede irse sino por el respeto de las soberanías nacionales, que ellos avasallan bajo el poder frío y brutal del dinero, cuando los someten por la economía; o por la fuerza misma cuando los someten por las armas.

Y a la paz, por último, tampoco puede irse sino cuando tanto en el orden internacional como en el interno se hace de la libre autodeterminación de los pueblos el fundamento del gobierno y de la buena relación entre los países igualmente soberanos y dignos.

Por eso algún día comprenderán que haber hecho únicamente la voluntad del pueblo, defendido nuestra soberanía, realizado nuestra independencia económica y afianzados en la justicia social el orden y la tranquilidad de nuestro pueblo, es la contribución más grande, más permanente y más segura que nosotros hayamos podido ofrecer a la pacificación universal.

Señores: el Justicialismo no es una doctrina de reacción ni tiene por origen ni por causa la existencia de los dos imperialismos, que se disputan el mundo. Sobre ninguno de los dos errores hubiéramos cometido nosotros la imprudencia de construir nuestra verdad.

La causa de nuestro movimiento no es otra ni podría ser otra que el hombre, abarcado desde el ángulo de sus valores permanentes y eternos.

El capitalismo, que somete al hombre a la explotación por el dinero, se fundamenta y trabaja sobre la permanente negación de los valores humanos. El colectivismo, que somete al hombre a la explotación por el Estado, no sólo se basa en esa misma negación, sino que necesita, para proliferar y extenderse en el mundo, del clima de miseria y de injusticia que el primero va sembrando entre los pueblos.

El Justicialismo, en cambio, se define y se estructura en la permanente afirmación de los valores humanos y cree que solamente sobre ellos se pueden construir la felicidad de los hombres y la armonía de los pueblos.

Señores: ésta es nuestra doctrina y ésta nuestra posición.

Para los que creían que no era una verdadera militancia, yo les invito simplemente a que observen la guerra sorda que los imperialismos nos han librado y nos libran a un mismo tiempo, como si hubieran convenido mutuamente que constituimos para ellos el mayor peligro.

Y quizás esté bien que así lo piensen, porque en definitiva intentamos arrancarles de las fauces sangrientas la presa desventurada pero maravillosa del hombre y de los pueblos.

¡Ojalá comprendan también a tiempo que si ellos pretenden y conciben que los pueblos se desangren por la injusticia y por la esclavitud, cuánto más fácil y más digno es que lo hagan algún día por la justicia y por la libertad!

¡En esa posición es en la que nosotros queremos morir si fuese necesario!

Señores: me he permitido hablar más bien de mis ideales y de nuestra posición en el mundo que de la doctrina misma ya conocida por la inquietud de todos ustedes.

Me permitiré añadir a todo lo dicho nada más que dos palabras, para invitarlos en primer lugar a que vean en nuestro pueblo los resultados de la doctrina realizada..., y en segundo lugar, para pedirles, si de ella están persuadidos con la convicción de mis ideales, que los tomen como propios y que como propios —sin que les reclamemos nunca ni siquiera la paternidad y el derecho que poseemos—, la difundan por el mundo y luchen por realizarla en el porvenir de todas las patrias de la humanidad.